

CAPITULO XV

GENTE DISTINGUIDA

Las salas de recepción del director de las Regiones Altas, hubieran parecido asombrosamente intrincadas á Graham, á entrar de pronto inmediatamente después de su vida del siglo XIX, pero ya se iba acostumbrando al nuevo estado de cosas. Apenas puede describírselas como salas y gabinetes, en vista del complicado sistema de arcadas, pasajes y galerías que dividían y unían las diferentes partes del inmenso local. Pasó á través de los ya familiares lienzos movibles de pared hasta un descansillo en lo alto de una escalera de anchos y suaves peldaños, con hombres y mujeres vestidos con la mayor brillantez, que bajaban y subían. Desde su altura divisó intrincados adornos de colores en mate, blanco, malva y púrpura; y muchos puentes que parecían hechos de porcelana y filigrana, terminando en los extremos en un brumoso misterio de perforados biombo.

Mirando hacia arriba, vió hilera sobre hilera de ascendentes galerías y en ellas rostros inclinados hacia él. El aire estaba lleno del murmullo de innumerables voces y de una música que descendía de lo alto, una alegre y riente música cuyo origen no pudo distinguir.

La nave central estaba llena de gente, pero por ningún concepto apiñados ó incómodos; y sin embargo había millares de personas. Iban brillante, casi fantásticamente vestidos; los hombres tan caprichosos como las mujeres, pues la sobria influencia de los puritanos sobre la dignidad de la indumentaria masculina había pasado hacía mucho tiempo. El cabello de los hombres, también, aun cuando rara vez se sacaba largo, se rizaba generalmente según el criterio del peluquero, y la calvicie había desaparecido de la tierra. Abundaban las masas de bucles

que hubiesen encantado á Bossetti, y sobre todo llamaba la atención un caballero presentado á Graham con el misterioso título de «Un amoroso», el cual lucía su cabello en dos grandes pliegues á *la Marguerite*. La coleta estaba en su apogeo; los ciudadanos chinos verdaderamente no debían avergonzarse ya de su raza. Había poca uniformidad en las modas, aparentemente. Los hombres mejor formados, mostraban su simetría con el calzón corto, y se veían gorgueras, y aquí y allá una túnica. La moda de los tiempos de León X era quizás la que más prevalecía, pero asimismo eran patentes las estéticas concepciones del extremo Oriente. La obesidad masculina, que, en la época victoriana, había estado sujeta á los peligros de un estrecho abotonamiento, á la rutinaria exageración de un pantalón estrecho y un frac ceñido, era ahora la base de una riqueza de dignidad y flotantes pliegues. Abundaba asimismo la graciosa esbeltez. A Graham, un hombre típicamente serio de una época típicamente seria, no solamente le parecieron aquellos hombres demasiado afectados en su persona, sino exageradamente mímicos en sus vivas y expresivas fisonomías. Gesticulaban, expresaban sorpresa, interés, jovialidad, sobre todo, y expresaban las emociones excitadas en su espíritu por las damas que tenían junto á ellos, con una asombrosa franqueza. A la primera ojeada se venía en conocimiento de que las mujeres estaban en gran mayoría.

Las damas allí reunidas desplegaban en sus trajes, porte y maneras, menos énfasis que los hombres y más embrollo. Una afectaba cierta clásica sencillez de ropa y corte, á la manera del primer imperio francés, y mostraba brazos y espaldas de irresistible morbidez. Otras llevaban trajes exageradamente ceñidos, sin cinturón. Las deliciosas confidencias de los trajes de *soirée* no se habían extinguido por el paso de dos siglos.

Todos los movimientos parecían graciosos. Graham dijo á Lincoln que veía andando hombres como los cartones de Rafael, y Lincoln le dijo que la enseñanza de una apropiada serie de posturas formaba parte de la educación de la gente rica. La entrada del Amo fué saludada con una especie de discreto aplauso, pero aquella

gente demostró sus distinguidas maneras no agrupándose en torno suyo ni molestándole con un persistente examen, al descender las escaleras hacia la nave.

Sabía ya por Lincoln que aquellas personas formaban la flor y nata de la buena sociedad de Londres; casi todos los que estaban allí eran, ó altos empleados, ó parientes cercanos de altos empleados. Muchos habían venido de las Ciudades de Placer europeas con el exclusivo objeto de complimentarle. Las autoridades aeronáuticas, cuya defección tanta importancia había tenido en la caída del Consejo, seguían en categoría á Graham, como asimismo los miembros de la Administración de las Regiones Altas. Había también altos oficiales de la Compañía de Alimentación. El administrador de las Alfarerías Europeas que tenía un aspecto particularmente melancólico é interesante, y unas maneras refinadamente escépticas. Un obispo, con sus sagradas vestiduras, pasó por delante de Graham, y se detuvo á hablar con un caballero, ataviado con el traje del tradicional Chaucer, incluso la corona de laurel.

—¿Quién es?—preguntó casi involuntariamente.

—El obispo de Londres—contestó Lincoln.

—No... quiero decir el otro.

—Un poeta laureado.

—¿Ustedes aun?...

—No escribe poesías, naturalmente. Es primo de Wotton... uno de los consejeros. Es, además, uno de los socios de «Realistas de la Rosa Encarnada»... un club delicioso... y allí conservan la tradición de estas cosas.

—Asano me ha dicho que había un rey.

—No pertenece ya. Le tuvieron que expulsar. Es de la sangre de los Estuardos, creo; pero verdaderamente...

—¿Tanto?

—Un poco demasiado.

Graham no siguió enteramente todo esto, pero parecía formar parte de la inversión general del nuevo siglo. Saludó complacientemente en esta primera presentación. Era evidente la sutil distinción de clases que persistía aún, pues tan sólo un corto número de personas le fueron presentadas por Lincoln. El primero que tuvo este honor

fué el aeronauta Jefe, un hombre cuyo curtido rostro contrastaba extrañamente con los delicados semblantes que le rodeaban. En los presentes momentos, su oportuna traición al Consejo había hecho de él un personaje eminente.

Sus maneras contrastaban asimismo, favorablemente, según las ideas de Graham, con el porte general. Hizo algunas observaciones de rúbrica, hizo constar su lealtad, y preguntó francamente por la lealtad del Amo. Sus maneras eran sobrias, su acento falto del cómodo dejo del inglés de aquel siglo. Hizo comprender admirablemente á Graham que él era un «perro aéreo»—esta fué su frase—que en él no había pamplinas, que era un hombre muy hombre y chapado á la antigua, que no se jactaba de saber mucho, y que no quería saber lo que no era digno de saberse. Hizo una digna cortesía, marcadamente libre de adulación, y se retiró.

—Me alegro de que el tipo se conserve aún—dijo Graham.

—Fonógrafo y cinematógrafo—dijo Lincoln un poco despedido.—Ha estudiado bien la vida.

Graham miró de nuevo la voluminosa figura. Le traía á la mente extrañas reminiscencias.

—Naturalmente, nosotros le compramos—dijo Lincoln.—En parte. Y en parte temía á Ostrog. Todo dependía de él.

Volvióse en seguida para hacer la presentación del Inspector general del *Trust* de Escuelas públicas. Este personaje tenía un color aceitunado, y vestía un ropaje académico, color gris azulado, y miró á Graham á través de unos lentes de forma victoriana, ilustrando sus observaciones con movimientos de una mano perfectamente cuidada. Graham se interesó inmediatamente en las funciones de aquel caballero, y le hizo cierto número de preguntas singularmente directas. El Inspector general, parecía un tanto entretenido por la fundamental ignorancia del Amo. Divagó un tanto acerca del monopolio de la educación que su Compañía poseía; se tenía en virtud de contrato con el Sindicato que entendía en las numerosas municipalidades de Londres, pero se extendió,

entusiasmado, en los progresos educativos conseguidos desde los tiempos victorianos.

—Hemos mencionado á Cram—dijo,—vencido completamente á Cram... no hay ya un examen en el mundo. ¿No está usted contento?

—¿Y cómo disponen ustedes el trabajo?—preguntó Graham.

—Lo hacemos atractivo... lo más atractivo posible. Y si no atrae... lo dejamos ir. Cubrimos un inmenso campo.

Pasó á los detalles y tuvieron una larga conversación. El Inspector general mencionó los nombres de Pestalozzi y Froebel con profundo respeto, aunque no demostró intimidad con sus obras, que formaron época. Graham supo que existía la Universidad en una forma modificada.

—Existe un cierto tipo de muchacha, por ejemplo—dijo el Inspector general, dilatándose ante el sentimiento de su utilidad,—que tiene pasión por los estudios serios... cuando no son muy difíciles, ya comprenderá usted. En este momento—dijo con napoleónica inflexión,—cerca de quinientos fonógrafos están explicando en diferentes partes de Londres, sobre la influencia ejercida por Platón y Swift en los asuntos amorosos de Shelley, Hazlit y Burus. Y después los alumnos escriben ensayos sobre las explicaciones, y los nombres, por órden de mérito, se ponen en lugares distinguidos. ¿Ve usted cómo ha retoñado su pequeño germen? La iletrada clase media de sus días se ha extinguido.

—¿Y sobre las escuelas elementales públicas?—preguntó Graham.—¿Las manejan ustedes?

—Enteramente.

Graham, en sus últimos democráticos días, había tomado gran interés en esta y otras cuestiones. Ciertas casuales frases que el viejo parlachín le había dicho aquella noche, acudieron á su memoria. El Inspector general, en efecto, respaldó las palabras del anciano.

—Hemos abolido á Cram—dijo; una frase que Graham interpretaba como la abolición de todo trabajo sostenido. El Inspector general se puso sentimental.—Hemos tratado de hacer, y lo hemos conseguido, las Escuelas elementales, lugares placenteros para los niños. Dema-

siado pronto tendrán que trabajar. Nada más que unos cuantos sencillos principios... obediencia... trabajo.

—¡Les enseñan ustedes poco!

—¿Para qué más? Eso no conduce más que á turbación y descontento. Les entretenemos y aun así y todo... siempre hay disconformidades... agitaciones. Dónde adquieren ideas los obreros, no sabré decir. Ya las comunican unos á otros. Y hay sueños socialistas... hasta anarquistas. Los agitadores trabajan entre ellos. Yo he pensado, y lo pienso siempre, que mi principal deber es no luchar con el descontento popular. ¿Por qué hacer infeliz al pueblo?

—En efecto—dijo Graham pensativo.—Pero hay muchas cosas que necesito saber.

Lincoln, que había estado observando el rostro de Graham durante la conversación, intervino.

—Quedan otros—dijo con voz baja.

El Inspector general se alejó gesticulando.

—¿Quizás—dijo Lincoln interceptando una mirada casual;—le gustaría á usted conocer á algunas de estas señoras?

La hija del Director de los Palomares de la Compañía de Alimentación, era una criatura particularmente encantadora, de rojiza cabellera y animados ojos azules. Lincoln se apartó unos momentos dejándole con ella, y la joven demostró un gran entusiasmo por aquél «querido tiempo viejo», como lo llamaba, que había presenciado el comienzo de su letargo. Hablando y sonriendo, sus ojos sonreían de un modo que demandaba la reciprocidad.

—He tratado—dijo—innumerables veces, de imaginarme aquellos antiguos románticos días. Y usted los tendrá en la memoria... ¡Cuán extraño poblado debe parecerle á usted el mundo! Yo he visto fotografías y retratos del mundo antiguo, las pequeñas casas aisladas construídas de ladrillos hechos con barro cocido, y todo negro con el humo de sus fuegos, los puentes de los caminos de hierro, los sencillos anuncios, los solemnes hombres con extraños trajes blancos y aquellos sombreros altos, caminos de hierro, caballos y carneros y hasta perros corre-

teando por las calles... ¡Y repentinamente ha venido usted á esto!

—¡A está!—repitió Graham.

—Fuera de su vida... fuera de todo lo que le era familiar.

—La antigua vida no era de lo más feliz—dijo Graham.—No la hecho de menos.

Ella le miró vivamente. Hubo una breve pausa. Suspiró animosa.

—¿No?—dijo.

—No—contestó Graham.—Era una vida pequeña... insignificante. Pero ésta... Nosotros creíamos el mundo bastante poblado y civilizado. Sin embargo, veo... aun cuando en este mundo apenas cuento cuatro días... volviendo la vista á mi tiempo, que era un tiempo grosero y bárbaro... el nuevo comienzo de esta nueva época. Le será á usted difícil comprender lo poco que sé.

—Puede usted preguntarme lo que guste—dijo la joven sonriendo.

—Pues dígame usted quiénes son esas personas. Estoy aun á oscuras acerca de ellas. Es asombroso. ¿Hay muchos generales?

—¿Hombres con sombreros y patillas?

—Naturalmente, no. No. Supongo que son los hombres que administran los grandes servicios públicos. ¿Quién es aquel señor de aspecto distinguido?

—¿Aquel? Un alto empleado. Se llama Morden. Es el director gerente de la Compañía de Píldoras antibiliosas. He oído decir que su fábrica produce una miriada de miriadas de píldoras en un solo día. ¡Imagine usted una miriada de miriadas!

—Una miriada de miriadas. No me admira que parezca orgulloso—dijo Graham.—¡Píldoras! ¡Qué admirables tiempos! ¿Y aquel de púrpura?

—No es precisamente de nuestro círculo. Pero le estimamos. Es verdaderamente listo y muy divertido. Es uno de los próceres de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad de Londres. Como usted sabe, todos los médicos son accionistas de la Compañía de la Facultad

de Medicina y visten la púrpura. Naturalmente, gentes á quienes se paga por hacer algo...

Y sonrió ante las pretensiones sociales de semejante gente.

—¿Tienen ustedes muchos grandes artistas y autores aquí?

—Autores no. Son unos seres tan raros... y tan preocupados de sí mismos. ¡Y disputan tan terriblemente! ¡Son capaces de reñir por bajar delante una escalera! ¿No es esto espantoso? Pero creo que Wraysbury, el capilotomista á la moda, está aquí. Viene de Capri.

—¡Capilotomista!—dijo Graham.—¡Ah... ya recuerdo! ¡Un artista! ¿Y por qué no?

—Tenemos que cultivar su trato—dijo ella en tono de excusa.—Le confiamos nuestras cabezas...

Sonrió.

Graham vaciló ante la invitación de un cumplimento, pero su mirada fué expresiva.

—¿Ha progresado el arte con el resto de las cosas civilizadas?—preguntó.—¿Quiénes son sus grandes pintores?

Le miró dudosamente. Después se rió.

—Por un momento—dijo—creía que quería usted significar...—Se rió de nuevo.—¿Usted quiere hablar, por supuesto, de aquellos buenos artistas que ustedes tenían en tanto porque cubrían grandes espacios de lienzo con colores al óleo? Y los aficionados ponían esos lienzos en marcos y los reunían en aposentos. Ya no tenemos. La gente se ha cansado de esas cosas.

—¿Pues qué creía usted que quería decir yo?

La joven puso significativamente un dedo en la mejilla, cuyo rosado matiz estaba sobre toda sospecha, y sonrió; una sonrisa preciosa é incitante.

—Y aquí—dijo indicando un párpado.

Graham tuvo un momento aventurado. Después una grotesca memoria de un cuadro que había visto en alguna parte, del *Tío Tobías y la Viuda*, pasó por su memoria. Un intenso rubor se apoderó de él. Se percató de que era el centro de mira de innumerables ojos.

—Comprendo—dijo. Volvió los ojos de aquella tentadora facilidad. Miró en torno suyo para encontrar una

porción de ojos que inmediatamente se fijaron en otras cosas. Es muy posible que se pusiese encarnado.

—¿Quién es aquel que habla con esa señora de amarillo?—preguntó evitando las miradas de su compañera.

La persona en cuestión era uno de los grandes organizadores de teatros en América, que venía recientemente de estrenar en Méjico una gigantesca creación. Su rostro le recordó á Graham los bustos de Calígula. Otro personaje curioso era el Amo del Trabajo Negro. La frase en aquel momento no le produjo gran impresión, pero después la recordó. ¿El Amo del Trabajo Negro? La hija del Director de los Palomares, sin el menor embarazo, le señaló una mujercita encantadora, asegurándole que era una de las esposas subsidiarias del obispo de Londres. Añadió grandes encomios al valor episcopal—hasta aquí había sido una regla la monogamia clerical;—una porción de cosas que no era natural ni progresivo. ¿Por qué restringir el natural desarrollo de los afectos por el mero hecho de que un hombre sea un clérigo?

—Y á propósito—añadió la joven,—¿es usted anglicano?

Graham estaba á punto de hacer vacilantes preguntas acerca de las condiciones de una «esposa subsidiaria» aparentemente un eufemismo, cuando la vuelta de Lincoln interrumpió esta sugestiva é interesante conversación. Atravesaron la nave dirigiéndose hacia un hombre luciendo ropas escarlata, y dos encantadoras criaturas, que le esperaba con cierta desconfianza. Complimentado por ellos, pasó á otras presentaciones.

En un pequeño intervalo sus multiplicadas impresiones empezaron á organizarse en un efecto general. Al principio, el brillo de los congregados había despertado todo el setimiento democrático en Graham; se había sentido hostil y satírico. Pero no es propio de la humana naturaleza el resistir á una atmósfera de cortés atención. Pronto la música, la luz, el juego de colores, los resplandecientes brazos y espaldas que le rodeaban, el contacto de manos, el visible interés de sonrientes rostros, el suave murmullo de moduladas voces, la atmósfera de cumplimiento, interés y respeto, habían contribuido á formar

le un ambiente de indisputable placer. Graham, por un tiempo, olvidó sus especiosas resoluciones. Se dejó llevar insensiblemente por la embriaguez de la posición que se le concedía, sus maneras fueron menos reservadas, más convenientemente regias, sus pies se asentaban con seguridad, el negro ropaje cayó formando pliegues y el orgullo ennobleció su voz. Después de todo, aquel era un brillante mundo lleno de interés.

Su mirada recorrió, aprobadora, los relucientes colores de la asamblea, y se detuvo aquí y acullá, con bondadosa animosidad, sobre algún rostro. De pronto se le ocurrió que debía una excusa á la amable criatura de rojo cabello y azules ojos. Se sentía culpable de frialdad. Y repentinamente un pequeño suceso cambió todo el curso de estos brillantes pensamientos.

Miró hacia arriba y vió pasar á lo largo de un puente de porcelana, y mirándole, un rostro que se ocultó casi inmediatamente, el rostro de la joven que había visto en el saloncito detrás del teatro la noche que se fugó de la Casa del Consejo. Y le había mirado con la misma expresión de curiosa incertidumbre, de incierta intensidad. De momento no recordó cuándo la había visto, y al reconocerla, tuvo una vaga memoria de las vivas emociones de su primer encuentro. Pero las bailables melodías que inundaban la nave impedían que acudiese á su memoria la gran marcha del pueblo.

La dama con quien estaba hablando repitió su observación y Graham volvió al casi regio mariposeo en que estaba ocupado.

Pero desde este momento, una vaga inquietud, un sentimiento que llegó al descontento, surgió en su espíritu. Estaba confuso, como por el medio olvidado cumplimiento de un deber, por el sentido de cosas importantes que escapaban de él en medio de la luz y la magnificencia. La atracción que aquellas brillantes damas que le rodeaban había empezado á ejercer sobre él, cesó. Ya no dió vagas y nebulosas respuestas á las sutiles indirectas amorosas que ahora tenía la seguridad que le hacían, y sus ojos ansiaron por la vista de aquel rostro que había interesado con tanta fuerza su sentimiento por lo bello.

Pero no la volvió á ver y bien pronto volvió Lincoln para indicarle que podían retirarse cuando lo tuviese á bien. En contestación á una pregunta suya, Lincoln le prometió que aquella misma tarde navegaría por los aires, si el tiempo lo permitía.

Graham estaba en una de las galerías superiores hablando con una dama de provocativos ojos sobre la Eadhamita, tema escogido por él, no por ella. Había interrumpido sus calurosas protestas de personal devoción con una pregunta discreta. La encontró, como había pasado aquella noche con otras muchas damas, menos bien informada que encantadora. De pronto, luchando con la suave onda de la cercana música, el canto de la Revolución, el gran himno que había oído en el teatro, ronco y macizo, llegó á sus oídos.

Miró hacia arriba, y vió sobre su cabeza un tragaluz á través del cual llegaba el sonido, y más allá, los cables superiores, la bruma azulina y los aparatos de la luz pública. Oyó el sonido degenerar en tumulto y cesar. Pero distinguió perfectamente el movimiento y rumor de las vías movibles y un murmullo de gran multitud. Tuvo la vaga persuasión, que no podía fundamentar, una especie de instintiva convicción, de que fuera, en las calles, una gran muchedumbre contemplaba el lugar en el cual el Amo se divertía. Le hubiera gustado saber lo que pensaban.

Aun cuando el sonido había cesado tan bruscamente, aun cuando la música del interior volvió á sobresalir de nuevo, el motivo del canto popular se fijó en su mente.

La dama de brillantes ojos estaba todavía luchando con los misterios de la Eadhamita, cuando entrevió de nuevo á la joven del teatro. En este momento cruzaba la galería en dirección á él; Graham la vió primero que ella á él. Vestía un traje gris, y le caían los negros cabellos sobre la frente como una nube.

La dama, en sus apuros con la Eadhamita, vió el cambio de expresión en su rostro y aprovechó la ocasión para escapar.

—¿Tendría usted gusto en conocer á esta joven, señor?—preguntó osadamente.—Es Elena Watton... sobri-

na de Ostrog. Conoce una porción de cosas serias. Es una de las personas más formales del mundo. Tengo la seguridad de que le gustará á usted.

Un momento después estaba Graham hablando con la joven, y la dama de provocativos ojos se había retirado.

—La recuerdo á usted muy bien—dijo Graham.—Estaba usted en el saloncito. Cuando el pueblo estaba cantando y llevando el compás con los pies. Antes de escaparme á través del patio.

El momentáneo embarazo de la joven desapareció. Le miró y su mirada era firme.

—Fué admirable—dijo ella, vaciló, y habló con súbito esfuerzo.—Todo aquel pueblo estaba dispuesto á morir por usted, señor. Y muchísimos murieron aquella noche.

Su rostro se coloreó. Miró en torno suyo para asegurarse de que nadie podía oírlo.

Lincoln apareció en un extremo de la galería encaminando sus pasos allí. Le vió la joven y volvióse firmemente á Graham, con un visible cambio de confianza é intimidad.

—Señor—dijo vivamente,—no puedo hablarle á usted aquí y en este momento. Pero el pueblo es muy infeliz; está oprimido... mal gobernado. No olvide usted al pueblo... que desafió la muerte para que usted viviese.

—Yo no sé nada...—empezó Graham.

—Ahora no puedo decirlo.

El rostro de Lincoln se aproximó. Dió sus excusas á la joven.

—¿Encuentra usted agradable este nuevo mundo, señor?—preguntó Lincoln con sonriente deferencia, é indicando el espacio y esplendor de la asamblea con un gesto.—Como quiera que sea, debe usted encontrarlo cambiado.

—Sí—dijo Graham,—cambiado. Y sin embargo, después de todo, el cambio no es tan grande.

—Espere usted á estar en los aires—dijo Lincoln.—El viento ha calmado; la aeropila espera sus órdenes.

La actitud de la joven esperaba una despedida.

Graham la miró á la faz, iba á hacer una pregunta, pero vió una expresión de aviso en sus ojos, inclinóse y se alejó con Lincoln.

CAPITULO XVI

LA AEROPILA

Durante cierto intervalo, en tanto que cruzaba los alrededores de las Altas Regiones con Lincoln, estuvo Graham preocupado. Pero, con un esfuerzo, atendía á las cosas que Lincoln le iba diciendo. Pronto se desvaneció su preocupación. Lincoln le estaba hablando del arte de volar. Graham tenía fuerte deseo de conocer algo más acerca de esta nueva conquista humana. Abrumó á Lincoln á preguntas. Había seguido con gran interés los primeros pasos de la navegación aérea cuando su vida anterior; le deleitaba volver á oír los conocidos nombres de Maxim y Pilcher, Langley y Chanute, y sobre todo, del proto-mártir aéreo, Lillienthal, todavía reverenciado por los hombres.

Ya durante la primera etapa de su vida dos líneas de investigación se habían señalado claramente á dos distintos tipos de concepto, y ambos habían sido realizados. De una parte el aeroplano, impulsado por maquinaria, una doble hilera de horizontales flotadores con una enorme hélice aérea detrás, y de la otra, las aeropilas, mucho más ligeras. Los aeroplanos flotan seguramente tan sólo cuando hay calma ó sopla un viento moderado, y una tempestad repentina, ocurrencia que ahora se señalaba con precisión matemática, los hacían inútiles para todo propósito práctico. Se construían de enorme tamaño; la usual extensión de las aspas alcanzaba seiscientos pies ó más, y la altura del aparato llegaba á mil pies. Lo empleaban únicamente para el transporte de pasajeros. La ligera cesta colgante medía de cien á ciento cincuenta pies de longitud. Estaba suspendida de manera que amonorese la complicada vibración que produjese aún el viento más moderado, y por la misma razón, los pequeños

asientos en el interior de la barquilla—los pasajeros permanecían sentados durante el trayecto,—llevaban suspensiones muy esmeradas. La subida al mecanismo era solamente posible desde un gigantesco vagón en la barandilla de un tablado de construcción especial. Graham había visto aquellos tablados volantes desde el Nido del Cuervo. Eran seis vastas áreas, con un gigantesco tablado en medio de cada una de ellas.

El descenso también estaba circunscripto, y para tomar tierra con seguridad era menester un espacio exactamente nivelado. Aparte de los destrozos que hubieran podido originarse por el descenso de aquella gran masa de velas y metal, y la imposibilidad de volver á remontarse de nuevo, el choque sobre una superficie irregular, una ladera arbolada, por ejemplo, ó una colina, hubiera producido roturas ó estropeado el aparato, poniendo quizá en peligro de muerte á los viajeros.

Graham, al principio, sintió gran decepción ante aquellos engorrosos mecanismos, pero muy pronto se dió cuenta de que máquinas más pequeñas hubieran sido improductivas, por la sencilla razón de que su poder de transporte disminuiría proporcionalmente á sus dimensiones. Y á mayor abundamiento, el gran tamaño de aquellas cosas las capacitaba—y esta era una consideración de la mayor importancia,—para atravesar el espacio con velocidades enormes, y así no estaban sujetas al riesgo de un imprevisto cambio de tiempo. La más breve jornada de Londres á París, duraba sobre tres cuartos de hora; pero la velocidad alcanzada no era la máxima; saltar á Nueva York ocupaba dos horas, poco más ó menos, y, teniendo cuidado de no perder tiempo en las estaciones intermedias, era posible, reinando calma, dar la vuelta al mundo en un sólo día.

Las aeropilas—así llamadas á boca llena sin ninguna razón particular,—eran de un tipo diametralmente opuesto. Muchos de aquellos aparatos iban y venían por el aire. Podían conducir tan solamente una ó dos personas, y su construcción y mantenimiento era lo bastante costoso para que fuesen el monopolio de la clase más rica del pueblo. Sus velas, brillantemente coloreadas, consis-

tían únicamente en dos pares de remos aéreos, uno á cada lado y en el mismo plano, con una hélice á popa. Su pequeño tamaño hacía posible el descenso en cualquier espacio abierto sin dificultad ni peligros, y permitían la adición de ruedas neumáticas, y hasta la aplicación de cualquier motor ordinario, para ser conducidos á lugares á propósito para la ascensión. Requerían una especie de ligeros vagones para poder lanzarse en el aire, pero semejante vagón holgaba en todo espacio libre de edificios y árboles. Los humanos navegantes aéreos, como observó Graham, estaban todavía muy por detrás del instintivo poder del albatros ó del papamoscas. Una gran influencia que hubiera podido impulsar á la aeropila á una mayor perfección había sido postergada; estos inventos nunca habían sido utilizados para la guerra. La última gran lucha internacional tuvo lugar bastante antes de la usurpación del Consejo.

Las estaciones volantes de Londres estaban reunidas en un irregular espacio de forma semicircular, á la parte Sur del río. Formaban tres grupos de dos cada uno y conservaban los nombres de antiguos suburbios ó pueblos. Así se llamaban Rochampton, Wimbledon Park Streatham, Norwood, Blakeat y Sovter's Hill. Afectaban una uniforme estructura, destacándose á gran altura sobre la superficie general de los tejados. Cada estación tenía sobre cuatro mil yardas de fondo por mil de anchura, construidas de la aleación de aluminio y hierro, que había substituído al hierro en la arquitectura. Su tercio más elevado formaba un espacio abierto de traviesas, entre las cuales pendían las luces y subían las escaleras. La superficie alta era un espacio uniforme en porciones—los tablados de salida,—que podían ser levantadas y conducidas por rieles de pequeña pendiente hasta el alero de los edificios. Salvo algunas aeropilas y varios aeroplanos á punto de partida, aquella superficie se conservaba despejada para los arribos.

Durante las maniobras preparatorias para el ascenso de los aeroplanos, los pasajeros pasaban el rato en teatros, cafés, salones-conciertos, salas de recreo y tolerancia de toda clase, que alternaban con las prósperas tiendas de

la planta baja. Esta porción de Londres, por lo tanto, era comúnmente la más animada de toda la ciudad, con algo del marítimo contento de los puertos de mar ó las poblaciones donde priva el juego. Y para aquellos que tenían más serio concepto de las excursiones aéreas, los distintos religiosos habían apostado allí una atractiva colonia de capillas piadosas, mientras un cúmulo de brillantes establecimientos médicos competían en la venta de preparaciones útiles para el viaje. En varios niveles, á través de la masa de cámaras corredores, debajo de aquellos, corría, relacionado con los caminos movibles de la ciudad, que enlazaban allí, un complicado sistema de pasarelas especiales, elevadores y planos inclinados, para el conveniente servicio de las personas y equipajes, entre estación y estación. Y una condición característica de la arquitectura de esta sección era la solidez de los estribos y traviesas de metal, que se ofrecían en todos los puntos y cruzaban todos los corredores, enlazándose y surgiendo á través de los pisos hasta el techo, donde resistían el enorme peso de los aeroplanos.

Graham se dirigió á las estaciones por las vías públicas. Le acompañaba Asano, su asistente japonés. Lincoln había sido llamado por Ostrog, grandemente ocupado en las reformas administrativas. Una fuerte guardia de policías de la Dirección esperaba al Amo, en las afueras del edificio, y le despejó un espacio en la plataforma más elevada. Su ida á las estaciones volantes era inesperada, pero esto no obstante, un considerable grupo reunióse y le siguió hasta su destino. Al ser transportado pudo oír que el pueblo aclamaba su nombre, y vió que innumerable gentío, hombres, mujeres y niños, todos con azules vestiduras, desembocaban por los vomitorios del camino central, gesticulando y gritando. No pudo entender lo que decían. De nuevo tuvo la impresión de la evidente existencia de un dialecto vulgar entre las clases pobres de la población. Cuando por fin descendió, los guardias fueron rodeados por un denso y excitado grupo. Después ocurriósele que algunos intentaron acercársele llevando memoriales en las manos. Los guardias despejaron el camino con alguna dificultad.

Encontró una aerópila al cuidado de un aeronauta, que le esperaba en la estación para ponerse á sus órdenes. Visto de cerca, el aparato no resultaba ya tan pequeño. Colocado en su grada sobre el terrado de la estación, su armazón de aluminio era tan grande como el casco de un *yacht* de treinta toneladas. Sus velas laterales, encuadradas en marcos de metal con nervios de lo mismo, casi semejantes á los nervios del ala de una abeja, y fabricadas con una suerte de membrana artificial, vítrea, proyectaban su sombra sobre muchos cientos de yardas cuadradas. Las sillas para el maquinista y su pasajero, estaban suspendidas y libres de balanceos mediante una complicada suspensión, dentro de las protectoras cuadernas del casco, y bien centradas á popa. La silla del pasajero estaba protegida por una mampara, y alrededor una alambra forrada de almohadones neumáticos. Podía cerrarse por completo, pero Graham tenía ansia de nuevas experiencias, y dispuso que quedase abierta. El aeronauta se guarecía detrás de un cristal que le defendía el rostro. El pasajero podía asegurarse firmemente en su asiento, y esto era inevitable cuando se tomaba tierra, ó moverse á lo largo, por medio de un pequeño carril y una palanca, hasta un cajón donde estaban colocados su equipaje, su abrigo y sus alimentos, y que, con los asientos, servía como un contrapeso á las partes centrales de la máquina.

Esta era sencilla en apariencia. Asano, señalándole las partes del aparato, le dijo que, semejante á la máquina de gas de la época victoriana, era de tipo explosivo, quemando una gotita de una substancia llamada «fornilla» á cada golpe de pistón. Se componía sencillamente de depósito y pistón sobre el largo cigüeñal del propulsor. Todo esto fué lo que vió Graham de la máquina.

La estación volante estaba desierta, salvo la presencia de Asano y de los empleados. Dirigido por el aeronauta, ocupó su asiento. Después le dieron á beber un brevaje conteniendo ergotina, dosis, como supo, invariablemente administrada á aquellos que se iban á remontar y designada á contrarrestar los posibles efectos del aire enrarecido sobre el sistema. Hecho esto, declaró que estaba dis-

puesto para el viaje. Asano le tomó la copa vacía, se quedó entre las barras del casco, y saludó con la mano. Súbitamente pareció deslizarse á la derecha del terrado y desaparecer.

La máquina estaba aleteando, y durante un segundo, las estaciones y los edificios más distantes parecieron correr rápida y horizontalmente por delante de los ojos de Graham; después, aquellas casas parecieron inclinarse bruscamente. Instintivamente se asió á los brazos del asiento. Sintióse arrebatado hacia arriba, oyó silbar el aire en el extremo de la mampara. El tornillo propulsor giraba con poderosos impulsos rítmicos—uno, dos, tres, pausa; uno, dos, tres;—el maquinista los regulaba con mucha exactitud. La máquina comenzó una temblona vibración que duró toda la excursión, y los tejados huían rápidamente haciéndose cada vez más pequeños. Sus miradas fueron del rostro del ingeniero á las cuadernas de la máquina. Mirando á los lados nada se veía de alarmanente; un tren funicular muy rápido producía la misma sensación. Reconoció la Casa del Consejo y otros edificios notables. Y luego miró hacia abajo, entre sus pies.

Por un momento un gran temor físico se apoderó de él, un sentimiento de inseguridad. Se agarró con más fuerza. Durante unos instantes no pudo levantar los ojos. A ciento ó más pies debajo de él, se veía uno de los semáforos más altos de Londres, y más allá, casi al Sur, los terrados de las estaciones presentando unas manchas blancas. Aquellas cosas parecían caer hacia el abismo. Por un segundo tuvo el impulso de precipitarse en su seguimiento. Apretó los dientes, desvió los ojos mediante un esfuerzo muscular, y pasó el momento de pánico.

Permaneció un buen rato con los dientes apretados, sus ojos clavados en el firmamento. *Trob, trob, trob*, pulsación; continuaba la máquina; *trob, trob, trob*, pulsación. Aferróse á los brazos con fuerza; miró al aeronauta y vió una sonrisa en su tostado semblante. Graham sonrió á su vez, quizás un poco afectadamente.

—Un poco extraño al principio—gritó antes de que hubiese recobrado su dignidad.

Pero no osó mirar hacia abajo durante un breve espa-

cio de tiempo. Miró por encima de la cabeza del aeronauta, al firmamento. Durante un intervalo no pudo apartar el pensamiento de posibles accidentes. *Trob, trob, trob*, pulsación. Por ejemplo, que un trivial tornillo se rompiera en la máquina de fuerza ascensional! ¡Por ejemplo...!—Hizo un poderoso esfuerzo para rechazar por entero semejantes suposiciones. Pasado un rato, abandonaron, cuando menos, el campo de sus pensamientos. Y subía rectamente cada vez más alto, en la clara atmósfera.

Una vez pasada la primera impresión de la rápida ascensión, sus sensaciones cesaron de ser desagradables, convirtiéndose en placenteras. Le habían hablado del mareo. Pero notó que el vibrante movimiento de la aeropila cortando una débil brisa del sudoeste, era bastante menor que el de una embarcación impulsada por un viento recio, y además él nunca se había mareado en el mar. Y la ligereza del aire, más rarificado á medida que subían, producía una sensación de alegría y buen humor. Miró hacia arriba y vió que corrían cirrus por el cielo azul. Sus ojos se dirigieron precavidamente hacia abajo, á través de las barras y cuadernas, á una brillante bandada de aves que se cernía en la parte más baja del espacio. Las estuvo contemplando un rato. Después, mirando más abajo, con menos aprensión vió la airosa silueta de la aguja de la Dirección de Semáforos, en el Nido del Cuervo, resplandeciendo como el oro á los rayos del sol, y disminuyendo de tamaño á cada instante. Como observase ya con mayor confianza, ofrecióse á su vista una línea azulada de colinas, y después Londres á sotavento; un intrincado espacio de tejados. El límite más cercano apareció claro y recortado, y la sorpresa disipó sus últimas impresiones. Pues el lindero de Londres era semejante á una pared, á un acantilado, de unos tres ó cuatro cientos pies de altura, una fachada, tan sólo interrumpida por terrazas aquí y allá, y un frontispicio de compleja decoración.

Aquel gradual paso de la ciudad á la campiña á través de una serie siempre creciente de suburbios, que era una forma tan característica de las grandes capitales en el

siglo XIX no existía ya. Nada quedaba ya sino una dispersión de ruinas, salpicada con las señales de la heterogénea vegetación que adornó un día los jardines de las quintas esparcidas entre llanos de tierra obscura y fajas de verdura. Esta aun mediaba entre los vestigios de las casas.

Aquí y acullá suntuosos palacios de recreo se levantaban entre los débiles restos de la época victoriana, y caminos de cable los ponían en comunicación con la ciudad. Aquel día de invierno parecían desiertos. Desiertos también los artificiales jardines entre las ruinas. Los límites de la ciudad estaban definidos como en los antiguos tiempos, cuando las puertas se cerraban al toque de queda, y las gentes de mal vivir salían escalando las murallas. Así, la primera perspectiva del mundo, más allá de la ciudad, se presentó á los ojos de Graham para desvanecerse. Y cuando, por último, pudo mirar verticalmente debajo de sí, vió los terrenos laborables de las márgenes del Támesis;—innumerables espacios diminutos de un rojo oscuro, seccionados por brillantes cintas, que eran los canales de riego.

Su alegría fué aumentando rápidamente, hasta ser una especie de embriaguez. Se encontró respirando grandes bocanadas de aire, riendo á carcajadas, deseando dar gritos. Después este deseo fué demasiado fuerte y gritó.

La máquina había llegado á la altura establecida, y ahora volvía la proa hacia el sur. El gobierno, según observó Graham, se efectuaba abriendo ó cerrando una ó dos tiras de membrana en cualquiera de las dos alas y por el movimiento de toda la máquina hacia adelante ó hacia atrás á lo largo de sus soportes. El aeronauta puso la máquina deslizando lentamente hacia adelante su carril y abrió la válvula del ala de sotavento hasta que la proa del aeropila estuvo horizontal y en dirección al sur. Y en aquella dirección caminaron con una ligera tendencia á sotavento, y con una lenta alternativa de movimientos, primero una corta y aguda ascensión, y luego una larga trayectoria descendiente, muy rápida y agradable. Durante esta trayectoria el propulsor quedaba enteramente inmóvil. Aquellas subidas dejaban en Graham

una gloriosa sensación de esfuerzo vencido; los descensos á través del aire enrarecido iban más allá de toda experiencia. Deseaba no volver á dejar la capa superior de la atmósfera.

Durante algún tiempo estuvo contemplando los menudos detalles de la campiña que corría bajo sus pies, hacia el norte. Estos menudos y claros detalles le complacían extraordinariamente. Estaba impresionado por la vista de aquellas ruinas, aquellas casas que habían sido un día ornato de la campiña; por el espectáculo de aquella extensión sin árboles, de donde habían desaparecido granjas y aldeas, no quedando más que informes ruinas. Sabía que todo esto era así, pero el verlo le causó una impresión muy diferente. Trató de reconocer los lugares que él había conocido en la cóncava comarca que tenía debajo, pero al principio no pudo distinguir puntos de referencia, ahora que el valle del Támesis iba quedando detrás. Pronto, sin embargo, se encontraron sobre un prominente marginal en el que reconoció el Guildford Hog's Back por el contorno del collado en su extremo este, y por las ruinas de la población que se levantaba escalonada á ambos lados de este collado. Y esto le sirvió de punto de referencia para conocer otros, Leith Hill, las arenosas soledades de Aldershot, y así sucesivamente. Las laderas escarpadas del Down estaban salpicadas de gigantescos molinos de viento, entre los cuales, el mayor del interior de la ciudad no era sino un pigmeo. Se movían magestuosamente ante la brisa del sudoeste.

Y aquí y acullá se veían manchas donde pastaban los ganados del British Yood Trust y aquí y acullá un pastor aparecía como un punto negro. Después, precipitándose bajo la proa de la aerópila, aparecieron los Wealden Heights, la línea de Hindhead, Pitch Hill y Leith Hill, con un segundo grupo de molinos de viento que parecían querer privar al terreno inferior de su parte de aire. La púrpura del brezo se confundía con el amarillo de la retama, y más lejos, en uno de los lados, una manada de toros negros trotaba delante de dos hombres montados á caballo. Rápidamente todo esto fué quedán-

dose detrás, obscureciéndose y perdiendo color, llegando apenas á aparecer como objetos movibles engullidos por la bruma.

Y cuando se hubieron desvanecido en la distancia, Graham oyó el canto de una alondra casi á su lado. Notó que estaba en aquel momento sobre los South Downs, y mirando sobre su hombro vió los muros de Portsmouth Landing Stage coronando las márgenes de Portsdown Hill. Un momento después se ofrecía á la vista una extensión llena de embarcaciones semejantes á flotantes ciudades, la costa blanquecina del Needles alumbrada por los rayos del sol y las pardas y centelleantes aguas del mar. Parecían saltar el Solent en un instante y pocos momentos después la isla de Wight huía detrás de ellos, y luego una extensión de mar cada vez más grande, aquí purpúrea por la sombra de una nube, allá gris, acullá bruñida como un espejo, y más lejos, la isla de Wight iba haciéndose cada vez más pequeña. Algunos minutos más y una faja de bruma gris se destacó de otras fajas, que eran nubes, descendió del firmamento y se convirtió en una línea visible, soleada y placentera: la costa del norte de Francia. Alzóse, adquirió color, llegó á ser definitiva y detallada, en tanto que la parte campestre del Dowland de Inglaterra se alejaba rápidamente.

En un corto intervalo, París apareció en el horizonte y permaneció allí durante unos momentos, desapareciendo luego otra vez al virar la aerópila para emprender de nuevo la dirección norte. Pero entrevió la torre Eiffel, que aún se mantenía en pie, y detrás una enorme cúpula rematada por un resplandeciente coloso. Y entrevió también, aunque no supo entonces de que se trataba, un inclinado penacho de humo. El aeronauta dijo algo acerca de «desórdenes en los caminos inferiores,» pero Graham no prestó gran atención á sus palabras. Distinguió minaretes, torres y esbeltas masas que descollaban en el cielo, y conoció que en materia de gracia, cuando menos, París se conservaba todavía frente á su poderosa rival. Y hasta parecióle ver una forma de un color azul pálido elevarse rápidamente del centro de la ciudad como una hoja seca arrastrada por un torbellino. Describió un círculo y se

precipitó hacia ellos, haciéndose cada vez más grande. El aeronauta estaba diciendo algo.

—¿Qué?—preguntó Graham sin apartar los ojos de aquel objeto.

—Un aeroplano, señor—gritó el aeronauta señalándolo.

El aparato se levantó más y se inclinó al norte cuando estuvo más próximo. Y cada momento se acercaba más, creciendo rápidamente. El *trob, trob, trob*, pausado del vuelo de la aeropila, que le había parecido tan potente y rápido, apareció súbitamente lento en comparación con aquella tremenda velocidad. ¡Cuán grande parecía el monstruo!, ¡cuán rápido y firme! Pasó muy cerca de ellos, navegando á lo largo silenciosamente, una vasta extensión de alas traslucientes con armazón metálico, una cosa viva. Graham entrevió momentáneamente grupos de abigarrados pasajeros, pendientes en sus pequeños asientos detrás de pantallas, un maquinista vestido de blanco, arrastrándose contra el viento á lo largo de una pasarela, muchas máquinas palpitando juntas á impulso de la velocidad de la hélice y de las inmensas alas. Se exaltó á esta vista, y un momento después la cosa había pasado.

Cayó y fué reduciéndose. Apenas si se habían movido, al parecer, cuando la máquina ya era de nuevo en el horizonte un punto azul movable en el cielo. Era el aeroplano que hacía el trayecto entre París y Londres. Con buen tiempo y viento moderado, hacía al día cuatro viajes de ida y otros tantos de vuelta.

La aeropila siguió á través del Canal, lentamente, como ahora parecía por las ideas más extendidas de Graham, y Beachy Head se levantó con un tono gris á la izquierda.

—A tierra—dijo el aeronauta, con voz apenas perceptible por la violencia del viento contra la pantalla.

—Todavía no—gritó Graham riendo.—Todavía no, deseo saber algo más de estas máquinas.

—Quiero decir...—empezó el aeronauta.

—Deseo conocer algo más de estas máquinas—repitió Graham.

—Voy ahí—dejo saltando de su asiento, y dió un paso

á lo largo de la barandilla. Se detuvo un momento, y su color cambió y sus manos temblaron. Dió otro paso y estuvo asido junto al aeronauta. Sintió un peso en sus hombros, la presión del aire. El viento llegaba á ráfagas violentas echándole los cabellos sobre los ojos. El ingeniero hizo algunas precipitadas maniobras para el cambio de los centros de gravedad y presión.

—Deseo que me explique usted estas cosas—dijo Graham.—¿Qué hace usted para moverse hacia adelante?

El ingeniero vaciló. Después contestó:

—Esto es complicado, señor.

—No me importa—gritó Graham,—no me importa.

Hubo un momento de pausa.

—La aerostación es un secreto... un privilegio...

—Ya lo sé. Pero yo soy el Amo y quiero saberlo.

Se rió, lleno de esta nueva manifestación de su poder, que era su don en la parte más elevada de la atmósfera.

La aeropila fué virando, y el fresco viento que azotó el rostro de Graham delataba que la proa iba poniéndose al oeste. Los dos hombres se miraron.

—Señor, hay reglas...

—No en nada que se relacione conmigo—dijo Graham.—Creo que usted se olvida...

El aeronauta escudriñó su rostro.

—No—dijo,—no me olvido, señor. Pero en toda la tierra, ningún hombre que no sea un aeronauta juramentado... tiene la menor probabilidad de... vienen como pasajeros.

—Algo de eso he oído. Pero no he de discutir esos puntos. ¿Sabe usted por qué he dormido doscientos años? Para volar.

—Señor—dijo el aeronauta,—las reglas... Si yo quebranto las reglas... Si quiere usted fijarse en lo que yo hago...

—No—dijo Graham tambaleándose y asiéndose con más firmeza al levantar la máquina la proa para una ascensión.—No es eso lo que me atrae. Quiero maniobrar yo. ¡Hacerlo yo aun cuando me estelle! ¡No! Quiero. Voy á encaramarme aquí y á compartir su asiento... Firme. Quiero volar á mi placer aun cuando acabe estrellán-

dome. Quiero alguna recompensa por mi largo sueño. De todas las cosas del mundo... En mi pasado todo mi sueño era volar. Ahora... Conserve usted el equilibrio.

—¡Me vigilan una docena de espías, señor!

Graham perdió la paciencia. Echó media docena de ternos, y se precipitó hacia las palancas de dirección, haciendo tambalear la aeropila.

—¡Soy yo el Amo del mundo—exclamó,—ó lo es esa Sociedad de Aerostación! Aparte las manos de las palancas y sujéteme las muñecas. Sí... así. Y ahora, ¿cómo hacemos para que incline la proa hacia tierra para deslizarnos?

—Señor—dijo el aeronauta.

—¿Qué ocurre?

—¡Me protegerá usted?

—¡Dios mío! Sí... así tuviera que pegarle fuego á Londres. ¡Ea!

Y con esta promesa Graham tomó su primera lección de navegación aérea.

—Esta jornada de hoy le proporciona á usted indiscutibles ventajas—dijo riendo á carcajadas, pues el aire era como un vino fuerte;—de modo que debe usted procurár enseñarme pronto y bien. ¿Tiro de él? ¡Ah! ¡Así! ¡Diantre!

—¡Atrás... señor, atrás!

—Atrás... muy bien. Uno... dos... tres... ¡Gran Dios! ¡Oh!, ¡sube! ¡Pero esto es una cosa viva!

Y la máquina comenzó á describir las figuras más extrañas en el aire; tan pronto giraba en una espiral de escasas cien yardas de diámetro, como surcaba el aire ó caía rectamente, rápidamente como un gavilán, para recobrar de nuevo la estabilidad y remontarse describiendo círculos. En uno de aquellos descensos á lo largo la aeropila pareció precipitarse hacia el parque de globos cautivos, instalados al sur de la ciudad, y merced á una diestra maniobra pudo evitarlos. La extraordinaria viveza y dulzura del movimiento, y el extraordinario efecto del aire enrarecido sobre su organismo, habían puesto á Graham como ébrio.

Pero por fin, un singular incidente vino á calmarlo, y

enviarle de nuevo á la vida cotidiana con todos sus negros é insolubles enigmas. Cuando había hecho dar á la máquina una embestida, oyó un golpe y algo pasó volando, y sintió la sensación de una gota de lluvia en su rostro. Después, continuando el descenso, vió algo que se parecía á un trapo blanco, que caía voltejando.

—¿Qué era eso?—preguntó.—No me he fijado.

El aeronauta miró, y luego se inclinó sobre la palanca para detenerse, pues continuaba descendiendo. Cuando la aeropila se remontaba de nuevo, exhaló un suspiro de alivio y contestó:

—Aquello—y señaló el blanco objeto que todavía estaba cayendo,—es un cisne.

—No le he visto—dijo Graham.

El aeronauta no contestó, y Graham vió algunas gotas de sudor en su frente.

Surcaron horizontalmente mientras Graham se encaramaba al asiento de pasajero. Y entonces comenzó un rápido descenso, con la hélice girando para amortiguar la caída, y las estaciones volantes adquiriendo mayor tamaño de momento en momento. El sol, ocultándose detrás de las colinas margosas, al oeste, descendía con ellos, dejando en el firmamento una bruma dorada.

Bien pronto los hombres fueron visibles como diminutas figuras. Graham oyó un gran ruido que parecía salir á su encuentro, un ruido semejante al de la resaca sobre un lecho de guijarros, y vió que los tejados estaban llenos de gente que le aplaudía por su feliz arribo. Una negra masa estaba apiñada en torno de las estaciones, una oscuridad salpicada de innumerables rostros, y agitándose con la imperceptible oscilación de pañuelos y manos que saludaban.

CAPITULO XVII

TRES DÍAS

En una dependencia, situada en la parte baja de la estación, Lincoln esperaba á los expedicionarios. No ocul-